

## SOBRE ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

Sobre este asunto de la enseñanza de la literatura se ha hablado y escrito mucho entre nosotros, pero, generalmente, la cuestión ha sido encarada desde un punto de vista demasiado trascendental, o excesivamente pedagógico. No quiere esto decir que esa forma de encarar el problema sea inconveniente; nada de eso; libreme Dios de desechar lo trascendental y lo pedagógico en materia de enseñanza. Lo que sí quiero decir es que, a veces, las peculiaridades del medio social, y aún del medio universitario, se oponen a los excesos del sentido especulativo, y, sobre todo, del severo dogmatismo pedagógico. La enseñanza de la literatura en nuestra Universidad, más que con exceso de cientificismo, debe ser considerada con espíritu práctico, casi diría, con buen sentido, o con aquel sentido común de que Saúl Panza estaba tan bien dotado,

Hay un concepto clásico de la enseñanza de la literatura que consiste, amén del necesario curso de retórica y poética, en hacer conocer a los estudiantes las grandes épocas de la historia literaria; la biografía de los escritores de mayor nombradía; el argumento y carácter de sus principales obras, y el juicio que ellas merecieron a la crítica universal. Con esto, y con tal cual lectura de páginas clásicas, se hace un curso amable, fácil y provechoso. Todo eso se considera ahora anticuado y antipedagógico. Sin embargo, no es un programa de cultura literaria tan despreciable el que propician los que, para iniciar en el es-

tudio de la literatura, a jóvenes de 15 a 20 años, reducen el curso a un vasto panorama histórico donde las grandes épocas se hallan representadas por sus valores literarios, y proyectan, sobre ese fondo, las figuras animadas de escritores y poetas, y relatan la vida de éstos y el argumento de sus obras, y aún hacen conocer a los estudiantes la forma en que tales obras fueron y son juzgadas por la humanidad letrada. Este concepto de la enseñanza de la literatura, obedece a peculiaridades del medio ambiente y realiza una idea de cultura modesto, pero fácil de obtener, y sobre todo, útil para la actividad social del universitario sudamericano, en cualquier plano que ésta se ejercite. El estudiante que ha hecho este curso, claro que no ha ahondado en el conocimiento de la lengua y la literatura, puesto que no es esa tampoco la finalidad de la enseñanza secundaria y preparatoria; pero ha adquirido ese barniz de cultura literaria necesario para que un hombre pueda frecuentar el trato de los círculos intelectuales del país, sin desmerecer del nivel general de cultura que en ellos predomina. Será dueño, en efecto, de un discreto repertorio de conocimientos literarios que le permitirá apreciar las grandes épocas clásicas, y hablar con cierta familiaridad de los héroes de Homero y de Virgilio, sin confundir a Aquiles con Eneas. Sin penetrar en la grandeza de la tragedia esquiliana, conservará, sin embargo, la impresión de los fabulosos personajes griegos y no los confundirá con los bufones que Plauto y Terencio sorprendieron en la sociedad romana para llevarlos a su truculento teatro. Tendrá una idea bastante aproximada del siglo de Augusto, y conocerá a Mecenas, y, como es natural, a toda la pléyade latina. Volviendo a más próximas épocas, no lo tomará de sorpresa un terceto de la Divina Comedia, ni un personaje de Shakespeare, ni una página de Cervantes, ni un drama de Calderón, ni una comedia de Molière. Y si de literatura contemporánea

se trata, sabrá lo que es clasicismo, romanticismo, naturalismo, y hasta conocerá buena parte de las escuelas ultramodernas con sede en París, en la India o en Buenos Aires.

Con todo este bagaje, y lo mucho más que callo por lo extenso, un joven estudiante está habilitado para que no lo tomen de nuevas las citas, referencias y alusiones que continuamente se hacen en la conversación, en los diarios, en las revistas, en los libros. Sabrá así de qué se trata cuando se habla del "cisne de Mantua", del "poeta florentino", del "héroe troiano", del "marino de Lepanto", del "fénix de los ingenios", y de tantos otros lugares comunes que corren por el mundo. Igualmente sabrá interpretar esas citas fáciles, ya sean en latín, francés o castellano, que forman la pacotilla de la literatura corriente. Todo eso no es mucho, pero es más que lo que sabía el *bourgeois-gentilhomme* de Molière, que tanto se sorprendió cuando le revelaron que él hablaba en prosa. Además, todo eso se enseña fácilmente, sin grandes complicaciones pedagógicas. El estudiante hace con ello, como decía: al principio, un curso sencillo, fácil y amable, que luego recuerda con vivo deleite.

Hay otro sistema de enseñanza más trascendental, y que hoy goza de gran boga. Ese sistema convierte el curso de literatura elemental, en verdadero curso de estética superior, pues coloca al estudiante en contacto directo con la obra de arte, a fin de hacerle comprender, sentir e interpretar el repertorio literario universal. Nada de biografías, ni de fechas, ni mucho menos de anécdotas; el autor-persona desaparece de la enseñanza para dejar lugar exclusivamente a la obra. Shakespeare, por ejemplo, ya no se aparece a los estudiantes universitarios como aquel original imberbe que cuidaba los caballos de los *dandys* londinenses a las puertas del teatro del Globo, y, furtivamente, se escurría entre el público para estreme-

cerse de pasión ante las comedias de Johnson, y aún lograba suplir a algún comparsa y dar algunas zancadas sobre el escenario. Ni eso, ni sus afanes de traductor, compilador, ajustador y fabricante de malos y buenos dramas; ni sus amores y vida conyugal con Ana Hathaway; ni la ignorancia de su genio; ni ninguna de las circunstancias de su pintoresca vida, interesan ya al estudiante. En cambio, éste ha leído u oído leer, Hamlet, por ejemplo, y ha asistido a la exégesis, más o menos profunda, que el profesor ha hecho del teatro shakesperiano en el aula, y de todo ello le ha quedado una bruma trascendental en el espíritu y la sensación de un inmenso y original guignol donde los muñecos quedan heridos sobre la escena al bajarse la tela. Acaso la enlutada figura del príncipe de Dinamarca o la blanca de Ofelia, dado el calor romántico de tales personajes, deje en ellos huella más profunda; pero el resto del drama será para la meditación estudiantil materia parva, a pesar de los esfuerzos que realice el ingenio del profesor para hacer pensar y sentir a jóvenes imberbes, cosas que solamente se pican y se sienten, cuando el hombre sucede al adolescente, y transforma su cuerpo y, sobre todo, su espíritu.

Si el primer sistema de enseñanza a que me he referido puede reputarse vicioso, este nuevo, resulta, cuando menos, incompleto. Yo creo que este asunto de la enseñanza de la literatura es un simple caso de falsa oposición, como dice el doctor Vaz Ferreira. En efecto: el sistema trascendental no excluye al antiguo y viceversa. Por el contrario, ambos se complementan. El conocimiento personal, experimental, diremos, de las obras del ingenio humano, puede ser útil, sobre todo en cuanto sirve para revelar la vocación literaria y para educar el gusto, pero es indispensable que se le complemente y aún que se le supedite al otro sistema que procura al estudiante un mayor nú-

mero de conocimientos e ideas generales; esto es, un mayor caudal de cultura útil, socialmente considerada. Si ambos sistemas hallaran tiempo y acomodo dentro del breve curso universitario, se habría resuelto uno de los problemas de la cultura nacional, y no el menos interesante, por cierto.

**RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.**